

**Miguel Anxo PENA GONZÁLEZ**, *La Escuela de Salamanca. De la Monarquía hispánica al Orbe católico*, BAC maior 90, Madrid 2009.

Resulta insoslayable señalar el carácter vagaroso del título –y tal vez de la concepción misma– de esta obra, merecedora por lo demás de numerosos plácemes.

Porque la Escuela de Salamanca, concretamente hablando, no es realidad una e inconfundiblemente única, sino plural. La Salmantica del siglo XX ya no es aquella de Francisco de Vitoria, ni aquella de Francisco Suárez, ni la del gran conquense Molina. Ni tampoco la de Mayans. En el siglo XX –se lee en la contraportada del libro– «se construye conceptualmente lo que conocemos como Escuela de Salamanca»; ahora bien, ese concepto que se promete, como fruto del «ambiente restaurador» del reciente siglo, permanece indefinido y umbrátil, pese a la inmarcesible aportación a la gran cultura de las grandes escuelas albergadas –a lo largo de siglos– en el seno nutricio de la Princesa Salmantica. Escuelas gloriosas, que contrastan con los andamiajes y tejamanes menos gloriosos de las peleas e intereses partidistas; de los celos institucionales –o, en tal caso, también personales–: inquisiciones y *rabies* teológica. En todo caso, tejido de historias humanas que siempre portan con el brillo de la gloria algunas mugres poco deseables. El prologuista J. A. García Añoveros no disimula el contrasentido: «Hablemos con precisión de escuelas en la Universidad y mejor dejemos la vaga expresión de Escuela de Salamanca. (...) Llámennala, si les parece bien, Escuela de Francisco de Vitoria de la Universidad de Salamanca, pero dejen de denominarla Escuela de Salamanca» (pp. XIII y XIV). Lo mismo observa Luis Enrique Rodríguez-San Pedro en su preámbulo. Y, además, añadirá refiriéndose al resurgimiento neo-tomista que tuvo lugar en la charnela de los siglos XIX y XX (refloreamiento de ilusiones científicas en

órdenes religiosas como, entre otras y sobre todo, las de dominicos y agustinos al albur del ambiente formado tras la encíclica leonina *Aeterni Patris*): «En el caso español, la limitada creatividad se compensa con una recuperación en cierta medida triunfalista de los autores del pasado, señaladamente los salmantinos del siglo de oro, y neo-tomista a consolidados como estereotipos. (...) Con el régimen establecido tras la guerra civil de 1936, la referencia gloriosa al Imperio español se relaciona también con una reinterpretación ideológica de la teología elaborada en Salamanca durante su etapa más clásica» (p. XVII).

Miguel Anxo Pena es hermano capuchino: pertenece a los Hermanos Menores Capuchinos de la Provincia de Castilla. Gallego como lo declara su nombre. Profesor dedicado de lleno al quehacer científico, como demuestran sus publicaciones logradas ya *in media vita*. En 2007 había publicado un libro sobre Epifanio de Moirans. Siervos libres. Una propuesta antiesclavista a finales del siglo XVII. Y seguidamente en 2008, Aproximación bibliográfica a la(s) Escuela(s) de Salamanca. La obra que en este momento se reseña es –a no dudarlo– anterior a la recién citada Aproximación bibliográfica: obsérvese la recepción en su título del hecho plural de las escuelas y corrientes salmantinas. Azares productivos, sin duda, que descolocan los tiempos, cuando son distintas las responsabilidades editoriales que entran en juego.

Miguel Anxo Pena, justo es decirlo, presenta un trabajo de gran empeño y mérito: sobre todo, por el gran caudal acopiado. Setecientas treinta y siete páginas en gran formato son acreedoras al respeto y, por necesidad, deberán ser tenidas en cuenta por quienes se acerquen en lo sucesivo al cono-

cimiento y contemplación del río de la vida salmantina y del saber brotado de sus senos.

Las páginas del Dr. Pena González son fructificación de una curiosidad que las determina: la curiosidad es siempre lo primero para todo aquel que emprende una investigación. Si el indagador no siente curiosidad estará desposeído de aliento y no dará a la caza alcance. Si la curiosidad va encontrando su satisfacción en el mapa admirable –superador tal vez del boceto entrevisto– ensanchará los adentros del espíritu y le dará ímpetu para emprender el vuelo. En todo caso, la respuesta se proporciona con el status quaestionis y éste con la curiosidad del indagador. Diríase que la curiosidad de Fray Miguel Anxo es, más que especulativa, evenemencial –valga el galicismo, ya admitido al uso–. Se interesa por los eventos, por el sucederse de los eventos. No pierde detalle de las incidencias que van solucionando el puzzle –tupido entramado desde los días del *cuatrocento* hasta el siglo XX (a pesar de ser este siglo tan distinto, tan acelerado y tan poco metafísico)–. Hace tiempo que no se ha vuelto a discutir acerdamente entre unos y otros conventos salmantinos, y menos en las cafeterías de la Plaza Mayor, sobre reviviscencias de la controversia *de auxiliis* ni tampoco sobre las actualizadas pertinencias o impertinencias de un probabilismo nunca fenecido. ¿Cómo podría fenecer en la era de los grandes negocios y siendo la economía áspero tapiz de probabilidades? Todo cambia, cierto es; y, aún y todo, Pena González descubre –y siente con gran persuasión– el fluir de un líquido homogéneo que viene de tan lejos. Ya que, por maravillosas que hayan sido las metamorfosis del pensamiento, por violentas que se hayan presentado las crisis sociales, políticas o religiosas, por insidiosas que las contradicciones de las pasiones o las hogueras de la envidia se hayan demostrado, los *événements* están ahí: y sucedieron uno tras otro para narrarlos tal cual son. Siempre elocuentes. Los datos se comprueban, no se

refutan con especulaciones. Por eso la historia evenemencial satisface tanto.

Quede claro no obstante que la historia evenemencial no es la cumbre del género. Hay otra historia, más importante y más necesaria: la historia de la educación, que es esencia de la historia de la cultura, tiene rango culminante. Ella es la gran visión que nos descubre a los grandes pensadores, sus tesoros de verdad, sus dramas, las escuelas que formaron, otras que las corrigieron o que se opusieron baldíamente –que todo ha sido posible–: también la soledad culminante de los genios. Esa historia vuelve sus ojos al hombre –¡a veces tan grande!–, al rebosar de su espíritu (*in quantum humana fragilitas nosse sinit*). Esa historia tiende a definir al hombre por sus manifestaciones más puras, por su forma más perfecta. Para esta historia ayudan, naturalmente, los datos: por eso son de agradecer los esfuerzos de los eruditos, investigadores infatigables, que con paciencia benedictina y sin perdonarse esfuerzo brindan los materiales necesarios para educir de ellos –como de *potentia materiae*– la forma esbelta y espiritual de una tesis perdurable.

Salamanca es susceptible de ser presentada en esa historia roqueña y espiritual, que muestra a los grandes maestros dejándose acompañar en su pensamiento, interpellándonos con sus problemas, hablando con sus propios términos, todo ello, correctamente ambientado. En ese sucederse de escuelas –sucesión de vida y muerte, de muerte y vida, ¿qué otra cosa cabría esperar?–, que pasaron y renacieron o dejaron lugar a otras escuelas tan gloriosas y fecundas sin desdeír de la tradición dorada, sería posible una obra que se presentase como «Historia de la Universidad de Salamanca». Así, absolutamente, sin subtítulo alguno.

No ha sido éste el propósito de fray Miguel Anxo Pena. En su derecho está cada uno de proceder *a suo aggio*. El resultado de su trabajo ha sido valioso, consistente. El acopio bibliográfico, muy meritorio. El

Apéndice de textos (pp. 497-685), casi 200 páginas, es sumamente interesante por las personalidades cuyos textos se exhiben como florilegio.

Y si el autor, ante los desiderata que se expresan en las precedentes líneas, se ani-

mara a completar, a culminar, la labor de especulación –a la que su trabajo invita– hará justicia al Alma Mater fecunda, cuya principalidad secular todos reconocen.

Enrique DE LA LAMA  
Universidad de Navarra

---

**Marino PÉREZ AVELLANEDA**, *San Vitores. Iconografía y culto*,  
Asociación Cultural Cerasio, Vitoria 2009, 927 pp.

Con una presentación cuidadísima, y a pleno color, han visto la luz los dos volúmenes de la obra titulada *San Vitores. Iconografía y culto*, de la que es autor Marino Pérez Avellaneda. En cerca de mil páginas este erudito investigador y profesor, natural de Cerezo de Río Tirón (Burgos), nos presenta exhaustivamente la multitud de datos que con exquisita paciencia ha ido recopilando sobre este santo sacerdote mártir al que la iconografía representa predicando con la cabeza en la mano.

Precisamente, el primer volumen se inicia con el inventario descriptivo de las representaciones de san Vitores halladas a lo largo y ancho de la geografía española y también en algunos países de América así como en Francia e Italia. A continuación, se incluyen nueve grabados abiertos desde 1487 hasta 2006. De cada una de estas piezas se incluye la correspondiente ficha catalográfica, hasta sumar cerca de dos centenares. La segunda parte del tomo primero constituye un análisis comparativo de dichas representaciones, realizado de acuerdo con cuatro criterios: iconográfico, artístico, geográfico e histórico.

El segundo tomo de la obra está dedicado al culto de San Vitores. Comienza señalando todas las fiestas y romerías que tienen lugar en honor del Santo, fundamentalmente en la provincia de Burgos y sus limítro-

fes. A continuación se estudia la historia del convento de San Vitores, ubicado en la localidad burgalesa de Fresno de Río Tirón, donde se guardaron las reliquias del Santo hasta su cierre a raíz de la desamortización de Mendizábal. Seguidamente se indican las iglesias parroquiales, ermitas y monasterios dedicados al Santo. El capítulo quinto estudia las cofradías que han existido bajo su advocación y el sexto se centra en la venerable congregación de clérigos de San Vitores. En los siguientes capítulos se repasan todos aquellos aspectos relacionados con el Santo: su incidencia en el patronímico, su aparición en la literatura y en los medios, canciones, etc. Cabe destacar el capítulo décimo en el que se estudian las vidas del Santo, hasta cinco, así como la obra teatral de carácter hagiográfico titulada *Loa y comedia de San Vitores* (1781) del escritor Tadeo Felipe Cortés del Valle.

Esta monumental obra se completa con una exhaustiva bibliografía y unos anexos en los que se incluyen la transcripción de varios documentos históricos, dos cuadros resumen de la iconografía y del culto al Santo y, finalmente, los índices onomástico y toponímico. Todo ello publicado en un papel de gran calidad, a color, y –lo que resulta más asombroso en los tiempos que corren– de forma gratuita. Gracias a las instituciones oficiales, a la Asociación cultural Cerasio